

La humanidad emergente

Patricia May

Uno de los aspectos que ha llamado la atención en esta guerra son las marchas por la paz en todas partes del mundo. Se trata de gente de diversos países, continentes y culturas que se ha sentido tocada por algo que está ocurriendo en un lugar específico del planeta.

Esto puede ser entendido como un síntoma de un nuevo estado de conciencia que ya está abarcando a grupos humanos crecientes. Hasta hace poco, el concepto de conciencia planetaria era el anhelo de unos cuantos y percibido por la mayoría como una idea mística. Sin embargo, el que muchas personas de lugares distantes se sientan tocadas por el sufrimiento de un pueblo, o bien el hecho de que no aprueben los procedimientos autoritarios ejercidos, nos habla de un involucramiento personal con los hechos que ocurren en cualquier parte de la Tierra. El despertar de la conciencia de síntesis, de unidad, es lo que espera a la humanidad del futuro y hay signos que denotan que ya está sucediendo. Se trata de un momento histórico excepcional en el que un paradigma -un modo de ver y entender la vida- empieza a caer bajo su propio peso y en su lugar surge otro desde el interior de la psiquis humana como una intuición, una aspiración de nuevos valores y modos de vivir y relacionarse. Para comprender lo que es un paradigma, podríamos imaginar que la vida es una especie de reality show en el que entramos al nacer, olvidando la amplitud y libertad de nuestra vida anterior. Nos encontramos en esta especie de cajita donde las cosas están definidas de cierta manera específica, con conceptos de los cuales no podemos liberarnos en la medida en que nuestras visiones se van haciendo estrechas y nuestra mirada, limitada. Hemos estado insertos en un guión que nos dice que los seres humanos somos esencialmente egoístas; que la vida es una lucha por el predominio; que lo único que existe es lo que podemos ver y tocar; que el poder económico es la fuente de la seguridad y felicidad; que debemos vivir compitiendo y defendiéndonos de los demás; que la paz se sostiene en la medida en que los países estén armados; que lo que ocurra en otras tierras no importa y que debemos luchar y eliminar a aquellos que amenacen nuestro bienestar; que debemos correr y correr tras el éxito exterior y el estatus, y que valores como la paciencia, la comprensión y el silencio no tienen ningún valor.

Ahora bien, esta guerra ha puesto en evidencia en forma patética todos los temas del guión bajo el cual vivimos: luchas de poder, competencia, matanzas y crueldad para obtener el dominio sobre los recursos naturales, intereses económicos por sobre los humanos, exclusión de lo diferente a mí, pueblos más y menos importantes. Ojalá que el sacrificio de muchos seres humanos y las consecuencias de violencia que traerá a

futuro, nos presten el servicio de vernos a piel desnuda y despertemos de este sueño para gestar otros modos de vivir. Esto depende de nosotros, de cuán fuertes seamos para sostener otra mirada, de movernos por visiones de unidad, de complementación, de cooperación, de inclusión, en que entendamos a la humanidad como un gran ser y al planeta como nuestro cuerpo. Visiones ecológicas, sistémicas (mente-cuerpo, femenino-masculino), el dinero puesto al servicio de causas humanas y planetarias, las relaciones internacionales basadas en la colaboración, el otro entendido como un aliado.

La humanidad emergente comienza a moverse buscando otros mundos y es tiempo de transformarse y ponerse personalmente en marcha, haciéndonos cargo de nuestras limitaciones para pulirnos y trabajarnos, sin quedarnos pegados en maneras caducas de entender el vivir, de modo que no nos convirtamos en estatuas de sal.